

# La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.  
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 16 de Noviembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.  
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 29.

## UNA CARRERA EN COCHE SIMÓN.—EPÍLOGO SANGRIENTO



(VEASE EL RELATO EN LA PLANA 2.ª)



NUESTRA PRIMERA

PLANA

UNA CARRERA EN COCHE  
SIMON

EPÍLOGO SANGRIENTO



El telégrafo, con su consabido «terrible laconismo», acaba de darnos cuenta de un sangriento suceso ocurrido en Pessina (Italia), y que por sus dramáticos caracteres parece el asunto de un interesantísimo melodrama ó, mejor, una página de las novelas criminalistas de Gaboriau.

En las proximidades de un *restaurant* galante situado en las afueras de la ciudad, apareció muerto, en mitad del camino, un hombre que por su porte y por las elegantísimas ropas con que estaba vestido indicaba pertenecer á las más elevadas clases sociales.

Registráronse en el cadáver hasta ocho heridas, la mayoría de ellas mortales de necesidad, puñaladas terribles que hicieron fijar la atención de los médicos acerca de la furia con que había sido hecha la agresión.

La circunstancia de encontrarse en los bolsillos del muerto una cartera con dos mil quinientos francos, así como valiosas joyas con que se adornaba el asesinado, alejaron desde luego toda sospecha de que el móvil del crimen pudiera obedecer al robo.

Había que buscar la llave del misterio en otro hecho advertido por un peón caminero la tarde anterior á la mañana en que fué descubierto el asesinato.

Próximamente á las seis de la tarde y cuando ya el crepúsculo ensombrecía el camino, á todo el galope del mal caballejo cruzó un coche de plaza. En el sitio del cocheró no se veía conductor alguno; el potro era guiado desde el interior del carruaje por un sujeto que iba de pie en la reducida caja del vehículo, manejando las riendas con la mano izquierda, mientras que su derecha

el insólito espectáculo, intentó detener el coche; pero la avanzada edad del único testigo de esta escena, el hecho de encontrarse el camino solitario á aquellas horas y, más que nada, la obscuridad y el velocísimo correr del caballo, permitieron que el misterioso carruaje continuara su fuga internándose en la villa, donde es de suponer que no atravesaría sus calles en la disposición que indicada queda, sino que, ya maniatada la mujer, volvería el auriga á ocupar el pescante, conduciendo á la forzada parroquiana Dios sabe á que antro infernal.

El peatón se dió más que buena prisa en ir á comunicar lo que había visto al puesto de policía más próximo, y cuando á la mañana siguiente se descubrió el cadáver del caballero, próximamente á media legua de distancia del lugar en que ocurriera la escena del coche, los jueces no tardaron en establecer una estrechísima relación entre ambos acontecimientos.

Que no eran desacertadas las presunciones del *prefecto*—diremos empleando palabras de folletín traducido, ya que no otra cosa parece esta verídica narración de hechos—vamos á probarlo con la continuación de este fidelísimo relato.

\*

En la ciudad teatro de los sucesos que vamos contando, existe para reglamentar el servicio de los coches de plaza una organización muy semejante á aquella porque se regula la de nuestros *simones* madrileños.

En una de las más populares cocherías, por su grave continente, por la seriedad absoluta con que atendía á sus obligaciones y por un *no se qué* de respeto y temor que de modo inconsciente infundía su persona, era muy apreciado el cocheró Marcelo. Tenía unos cuarenta años, de complexión robusta y muy poco comunicativo, aunque siempre afable y cortés con todo el que le hablaba. No era del país, quieró decir hijo de Pessina. Llegó á la ciudad tres años antes de los sucesos sangrientos cuyas peripecias han conmovido la opinión de Italia toda, y diestro en su oficio de cocheró y formal en su modo de ser, no le fué difícil hallar la colocación apetecida, confiándose un carruaje de alquiler. Marcelo no acompañaba jamás á sus camaradas en las horas de asueto, limitándose en los días que le dejaban libres sus faenas á dar solitarios paseos por el campo, llevando como único amigo la compañía constante de un bonito perro que tenía un pri-

bierto en el camino el cadáver del *gentleman*, Marcelo, por vez primera en los tres años que llevaba prestando servicios en la cochería, faltó á su obligación y, llegada la hora, no se presentó en busca de su coche.

Extrañado el alquilador, ya anochecido, envió recado á casa de su dependiente. El demandadero volvió manifestando que nadie le había respondido en la habitación de Marcelo, no obstante los repetidos golpes que diera en la puerta.

Presa de la consiguiente alarma, el alquilador dió parte á la justicia de los temores que abrigaba de que le hubiese ocurrido alguna desgracia á Marcelo, sospecha que se decidió á comprobar la policía aquella misma noche. A inútiles requeri-

de su clase, que era un portento de hermosura y á quien hizo su legítima esposa. Vivía con ella en un delicioso paraíso, solo atormentado por no poseer bienes de fortuna con que satisfacer á su Margarita en el insensato anhelo de lujos, que sabía era la obsesión de su amada, no obstante poner ella especial cuidado en que su marido dejara de advertir la sed de placeres mundanos que le abrasaban el pecho.

Así las cosas, y el día menos pensado, desapareció Margarita del hogar conyugal. Marcelo vendió cuanto tenía y se dedicó á viajar en busca de la pérdida ingrata. Recorrió diferentes países, pero fueron infructuosas todas sus pesquisas. Arruinado, loco de celos y sin po-

«gué á distinguir, cuando ya estaba dentro del coche, un pedazo de su falda. Conducía deprisa á la feliz pareja por la calle que va al *restaurant*, cuando sentí un fuerte tirón, con que asiendo mi *carrik* me hacían señas los que ocupaban el coche de que detuviera la marcha. Así lo hice. El caballero se apeó en mitad del camino y fué presuroso á cortar una flor...»

«Como siempre pensaba yo en Margarita, cuando volvió el galán triunfante con la flor en los labios. «Que bueno eres, Luigi mío», dijo entonces una voz que sonó en mis oídos como acento de ultratumba. «Espantado, volví el rostro; la mujer que llevaba en el coche liera mi esposa! Con la velocidad del rayo



mientos de la autoridad para que fuera franqueada la entrada, fué descerrajada la puerta, encontrándose á Marcelo ensimismado y en actitud de orar ante el cadáver de una mujer lujosamente vestida y á la que alumbraban dos velas medio consumidas. Marcelo no parecía darse cuenta de la irrupción que hicieron en su casa los agentes, y sólo cuando uno de éstos se aproximó al cadáver, intentando reconocer el cuerpo, fué cuando el cocheró, presa de loca exaltación, se arrojó violentamente sobre el que había osado poner sus manos en la muerta querida. Gran trabajo costó á los demás policías sacar vivo al agente de los brazos de Marcelo, que pretendía estrangularlo. La crisis, tanto tiempo contenida, hizo explosión terrible, y el cocheró fué presa de un espantoso ataque de nervios, en el que, dando grandes voces y tocado de locura furiosa, quería deshacer cuanto tenía al alcance de sus manos crispadas...

\*

La muerta, certificaron los médicos que había fallecido por asfixia, de resultados de haber sido fuertemente amordazada.

En cuanto á Marcelo, estuvo varios días entre la vida y la muerte. Al volver en sí, la calma más impasible apareció en su rostro. Convaleciente ya, fué llevado á presencia de sus jueces.

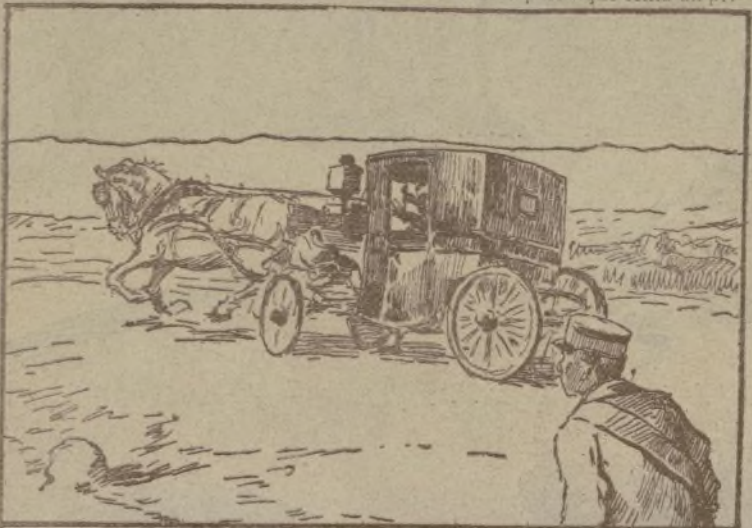
Con reposado ademán y en muy pocas palabras dió cuenta de sus crímenes, manifestando que seis años anteriormente al hecho de autos, y siendo en Roma alquilador de carruajes, conoció y hubo de amar con frenesí á una muchacha

der arrancar de su pecho los más devoradores sentimientos de venganza, vegetaba en Pessina, privándose de lo más necesario, para poder así ahorrar de su salario y encontrarse con fondos que le permitieran seguir de nuevo su cruento calvario de persecución, incumplida y celosa. Al desaparecer, Margarita no dejó tras de sí el más insignificante vestigio por el que pudiera aparecer una pista probable. El raptor—porque Marcelo estaba seguro de que había un galán—debía ser hombre de alta posición social, á quien sobraba el dinero con que ir esparciendo, ante la odisea del marido burlado, obstáculos sin número. Sofando siempre con su sed de venganzas, encontrábase una tarde en el pescante del carruaje.

El coche estaba de *parada*, en el punto. Llovía copiosamente; era una tarde huracanada y nebulosa. Marcelo, envuelto en las amplitudes de su viejo *carrik* soportaba en el pescante el terrible aguacero, defendiéndose, á medias, con un gran paraguas del azote de la lluvia, cuando rápidamente, de modo impensado, sintió que abrían con precipitación una de las portezuelas del coche. Cuando volvió la cabeza, una dama estaba ya en el interior del carruaje, á tiempo que su galán, al ir á ocupar un asiento cerca de ella, decía al cocheró con voz de mando enérgica y jovial, á un tiempo mismo: «Al *restaurant* «Colombina», de prisa, buena gratificación.» «Apenas pude distinguir las facciones de mi nuevo y último parroquiano—ha dicho Marcelo ante el juez con acento reposado y de terrible ironía—: «en cuanto á ella, solo lle-

«me tiré del pescante, y en el espacio de un segundo mi odiado rival caía al suelo con una puñalada en el corazón. Después, clavé mi cuchillo en su cuerpo yo no sé cuántas veces. Cada vez que saltaba la sangre maldita de mi verdugo, yo sentía en lo más íntimo del alma una alegría que estuvo á punto de hacerme morir de gozo... Cuando le vi exánime empujé á Margarita violentamente dentro del carruaje, y amordazándola para que sus ayes no me delataran, la conduje á mi casa, llegando á las altas horas de la noche y cuando nadie pudo advertir la preciosa carga que llevaba en mis brazos. Lo que yo creía un cuerpo desmayado, no era sino un cadáver: la mordaza, privándole de respiración, le quitó la vida. Ante aquella muerta adormada caí en un especie de éxtasis contemplativo, que me privó de toda otra facultad que no fuera rendir culto de idolatría á aquel cuerpo divino, y cuyos ojos, abiertos, parecían implorar un supremo perdón, epílogo de este drama...» Así ha declarado el hombre.

Enrique SÁ DEL REY.



se ocupaba en contener la agitación de una dama, vistosamente ataviada y que reprimía ahogados sollozos, así como si se estuvieran haciendo esfuerzos por amordazarla. Todo esto pudo ser advertido por el peón caminero, que, al observar

vilegio exclusivo, el de desarrugar, de vez en cuando, el entrecejo del taciturno cocheró.

\*

Aquella misma mañana en que acibillado á puñaladas fué descu-





## EL CRIMEN DE LA CALLE DE LA VISITACIÓN

(Colaboración especial del acusador privado de esta causa.)

Es sin duda la mujer ser de sensibilidad grande; pero cuando por una educación deficiente, por la falta de sentido moral o por esas excitaciones morbosas derivadas de un intenso erotismo, malea sus sentimientos, llega en el crimen á mayor perversidad que el hombre.

El famoso jefe de policía Gorón cita en sus memorias, al hablar de las bandas de asesinos el caso de una mujer, la Bertrand, que parecía reproducir la figura siniestra de la Chonette de *Los misterios de París*. La Bertrand educaba en el crimen á sus discípulos, jóvenes vagabundos y viciosos, con la misma solicitud con que las madres enseñan el deber á sus hijos.

Los nombres de famosas criminales, la marquesa de Brincilliers, la Bompard, la Trossarello y otras que menciona la obra de Lombroso *La mujer delincuente, prostituta y normal*, prueba hasta qué punto de crueldad llega la mujer cuando desaparece su ternura.

Hay, sin embargo, casos en que el crimen de las mujeres no puede me-

mujer defiende su honor es digna de piedad y se justifica su delito, no pueden hallar disculpa ni atenuación el que una mujer de vida avara mate por capricho o por satisfacer sus pasiones extraviadas en el vicio.

El crimen de la calle de la Visitación fué el siguiente: Un joven, casi



*Pepa «la Malagueña» y su criada, que acompañaban á Consuelo en la noche del crimen, interviniendo en la reyerta que lo motivó.*

un niño, aprendiz de una relojería, iba con unos amigos por la calle de Echegaray. Al llegar á la esquina de la de la Visitación pasaban por allí tres mujeres. El joven las requirió, ellas contestaron con insultos soeces, trató él de replicar, pero al mismo tiempo las tres se echaron sobre él como verdaderas furias, una le abofeteó, otra le dió con una llave en la cabeza, y la tercera, tapándole la cara con un mantón, le clavó un arma blanca en el vientre, muriendo el infeliz al cabo de algún tiempo de los accidentes y consecuencias de la herida, según está probado por certificación facultativa.

Este fué el crimen que no pudo menos de indignar á la conciencia pública, hasta el punto de haberse publicado á raíz del sangriento suceso varios artículos pidiendo medidas que garantizaran la seguridad de los ciudadanos contra hechos como este, que el *Heraldo* afirmaba se había cometido con maldad felina.

Es penoso acusar, y sobre todo acusar á una mujer, pero en este caso creo haber cumplido un deber social aceptando la acusación privada.

Práxedes ZANCADA.



*Consuelo Bizmanos, acusada como autora de la muerte del joven Eduardo Criado.*

nos de despertar simpatías. Ahí está el de Jesusa Pujana, la hermosa joven de Bilbao matadora de su novio que la engañaba. Pero si cuando la



*La procesada Consuelo en el momento de escuchar el veredicto del jurado, en virtud del cual la Sala la condena por el delito de rina tumultuaria á tres años, seis meses y veintidós días.*

(Apuntes del natural obtenidos durante el juicio por Agustín.)

## UN DRAMA EN LOS VOSGOS



*Reconstitución del crimen según las confesiones del asesino.*

En uno de los más rientes y pintorescos valles de los Vosgos, se ha desarrollado la tragedia cuyo más terrible episodio reproduce el grabado adjunto.

Habitaba en la villa de Belrupt, M. Camilo Chartier, agricultor y propietario de dos hermosas granjas situadas en las inmediaciones de dicho pueblo. Al quedarse viudo, el viejo labrador, que tenía un hijo, Emilio Chartier, tomó una criada con quien mantuvo íntimas relaciones que dieron por fruto un nuevo vástago, á quien puso el nombre de Luciano y el apellido materno de Bourgeois.

Temiendo ver pasar los bienes de la familia á manos de la amante, Emilio decidió suprimir no sólo á ésta y á su hijo, sino también á su propio padre. En ocasión de hallarse éste y aquella de espaldas á él en el comedor de la casa, les separó la cabeza del tronco á hachazos, y cuando su hermanastro volvió á casa hizo con él lo propio, en el momento en que éste se acababa de servir un vaso de vino en la cocina y disponíase á beberlo.

Luego metió en el horno los cadáveres mutilados, y como no hubiera suficiente espacio para los tres, sacó de allí el cuerpo de Luciano y lo enterró en un bosque próximo, después de haber tratado inútilmente de destruirlo por medio del fuego.

Difícilmente se habrá cometido crimen tan espantoso como éste, con tanta sangre fría y tranquilidad de espíritu.

## En el Tribunal Supremo.

*Un crimen sádico de lo más repugnante. Informe notabilísimo del Teniente Fiscal del Supremo.*

El eminente jurisculto D. Octavio Cuartero acaba de obtener un gran triunfo con motivo del informe pronunciado en un recurso de casación interpuesto contra sentencia de la Audiencia de Bilbao, en causa de violación y asesinato.

Hay que advertir que el Sr. Cuartero, rompiendo con la costumbre que hasta aquí imperaba de que el Teniente Fiscal no asistiese á las vistas, limitándose á cubrir ausencias ó enfermedades del jefe superior del Ministerio público, ha dado un altísimo ejemplo de celo é interés en el ejercicio de su elevado cargo.

En el elocuente informe á que nos referimos, la enormidad del hecho y los motivos del recurso, que se fundaba en la alevosía, llevaron al señor Cuartero á un orden tan original de consideraciones sociales y jurídicas, que intentaremos reproducir algunas.

No importaría mucho—decía el

fiscal—que faltaran elementos para estimar la alevosía, cuando es bien patente el ensañamiento, que eleva-



*D. Octavio Cuartero. Teniente Fiscal del Supremo.*

ría de igual modo el homicidio á asesinato.

Yo defini un día el ensañamiento

—y la Sala aceptó la definición—diciendo que es «el placer en la crueldad». Prescindamos por un momento de todos los hechos que concurrieron á un tiempo mismo en la comisión de los delitos de violación y asesinato.

Con la edad se hacen más nobles las ideas y más puros los afectos: la perfección moral supone siempre una larga vida, salvo la de los predestinados...

En el caso que nos preocupa, el ultraje brutal al pudor de una anciana es superior al que causaría el mismo hecho en una mujer joven.

El pudor es el encanto de la juventud, es ciertamente lo más bello de esa edad; pero impulsos extraños á la misma voluntad, estímulos de una curiosidad inocente, hacen compatible el pudor de una mujer joven con sus mismas provocaciones livianas.

El pudor de la senectud es la serenidad del alma, es la placidez moral de quien á remota distancia de las pasiones humanas tiene todos sus anhelos y todas sus esperanzas en el amor del prójimo y en la infinita misericordia de Dios.

Muy elogiada fué esta disertación del Sr. Cuartero.



# LOS CRIMENES DEL AUTOMÓVIL. INFORMACION FOTOGRAFICA

## LA VÍCTIMA DE AYER

## LA VÍCTIMA DE HOY



Reconstrucción de la escena del atropello de la calle de Bravo Murillo, del que fue víctima el niño de nueve años Ángel Martínez Francisco. El automóvil es propiedad del conde de los Andes, pariente próximo del Presidente del Consejo de Ministros.

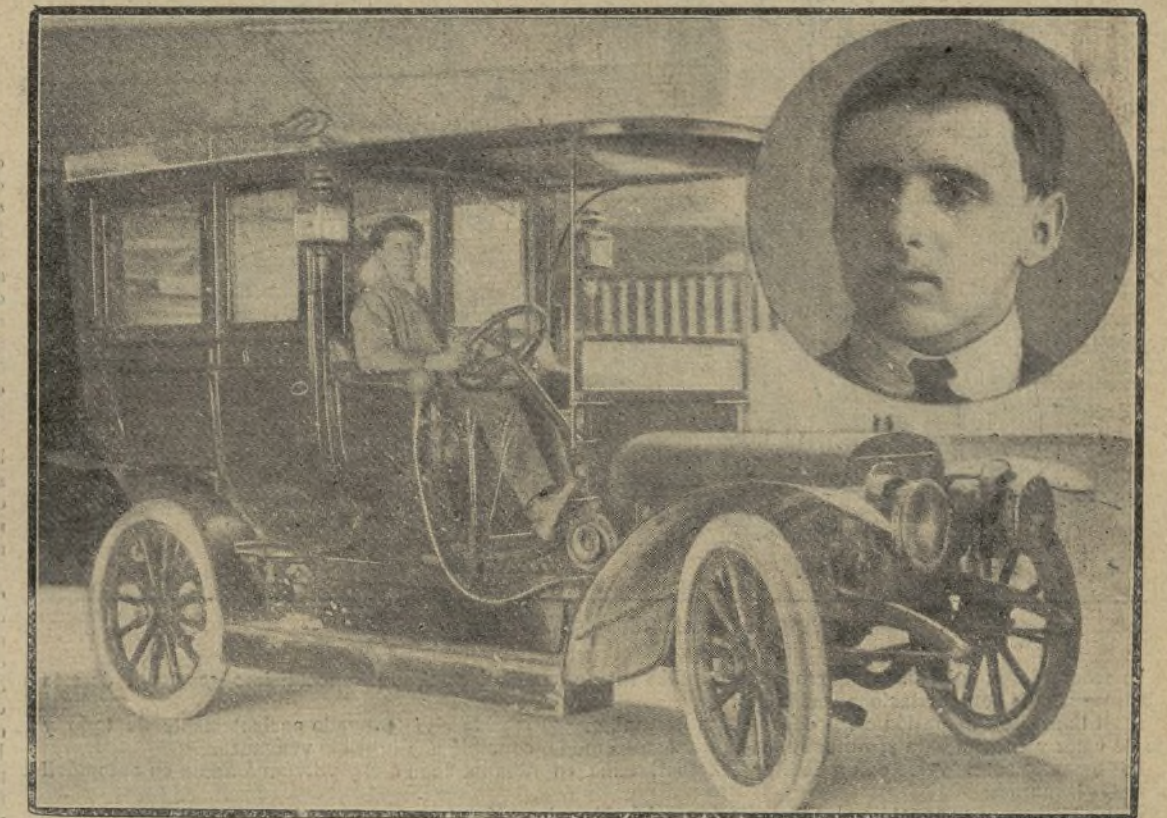


El niño Ángel Martínez Francisco, triturado por el enorme peso del automóvil, que era de 1.800 kilos.—Instantánea que reproducimos de una de nuestras ediciones del número 27.



La preciosa modista Teresa López y López, de dieciocho años, que al salir del obrador donde trabajaba en la calle de Alcalá fue muerta por un «laundolete», en el que iban la señora Bosch y Labras, y otra señorita hija de la señora baronesa de Benidoleig.

(Fotografía Celedonio P. López.)



El automóvil de la señora Bosch y Labras, que mató a Teresa López. En la parte superior y a la derecha del grabado el retrato del «chauffeur» que lo conducía, Jean Baptiste Bouneaur, preso en la Cárcel Modelo.



Doña Concepción López, amantísima madre de la joven Teresa, que, parálitica, merece de su hijo Luis los más tiernos consuelos.—Instantánea obtenida momentos después de conocerse en el pobre hogar la horrible noticia.



La infortunada Teresa López, ya cadáver, después de recibir el terrible topetazo del automóvil y haber pasado veloces las ruedas sobre su cuerpo.

(Fotografías Alfonso.)

# Ayuntamiento de Madrid



DE NUESTRO CORRESPONSAL EN ROMA

## Siniestra venganza de un marido celoso.



El automóvil-guillotina.

La señora del acaudalado banquero Bertoni estaba enamorada de Zerbati, un conocidísimo sportman de esta ciudad, y sostenía con él relaciones culpables.

A tal límite llegó la pasión ciega de la señora Bertoni, que su marido vivía enterado pacientemente de todo y falto de valor y energía para afrontar su deshonra de otro modo, concibió una horrible venganza.

Los amantes solían verse en un hotel que Zerbati tenía en Albano. Iban a él y volvían a Roma en automóvil casi todas las tardes.

El día 11 Bertoni se apostó en las inmediaciones del nido y los vio entrar.

Inmediatamente puso en práctica su criminal pensamiento. Arrancó un alambre de los jardines del hotel y lo colocó tendido, sujeto a dos árboles y a altura bien calculada, cruzando la alameda por donde habían de pasar en automóvil los amantes.

A media tarde salieron éstos del hotel, y como querían llegar a Roma pronto, pusieron el carruaje a toda velocidad. Al pasar vertiginosamente por el sitio en que Bertoni había preparado su venganza, el alambre les desgajó completamente la cabeza. El automóvil, falto de guía, fué a volcar violentamente en la cuneta.

Bertoni está confeso de su horrendo crimen.

La sensación que el drama ha producido en la buena sociedad romana es indecible.

(Dibujo de Blanco Cortis.)

TEDESCHI.

## La homeopatía bíblica.

El doctor Quimby, médico norteamericano, cura por medio de la oración toda clase de enfermedades. Sus adeptos, pertenecientes a la secta religiosa de los *Christian Scientists* (léase de los sabios cristianos), pasan ya de millón y medio en la República de la Unión.

Hace cincuenta años, una joven que presentaba todos los síntomas del histerismo agudo, miss Eddy, sufrió una caída patinando sobre el hielo de un lago. Los cuidados de la ciencia son inútiles para curarla de su lesión, y la paciente se convence de que tiene dañada la médula espinal. Manda llamar a un viejo iluminado de la región, al doctor Quimby, quien la mira con penetrantes ojos y le dice energética y autoritariamente:

—Hija mía, no tiene usted absolutamente nada... Su cerebro, y no su médula espinal, es lo que se halla enfermo. Díjese usted así misma que no sufre, y no sentirá usted sufrimiento alguno.

Miss Eddy se deja convencer, y de golpe y porrazo (como en su caída) queda sana con tales frases; lo deja todo por seguir al curandero, y escribe el texto de la *Ciencia Cristiana*, que es leído con avidez y creído a ojos cerrados por cientos de miles de personas. Según miss Eddy y el doctor Quimby, «las enfermedades no existen, sino porque nosotros creemos en ellas. No creyendo ni pensando en ellas, sino creyendo y pensando en el Señor solamente, no sufriremos de enfermedad alguna. Si un niño se cae al suelo y su madre le compadece, llora. Si, por el contrario, su madre le dice: «¡Bah! Eso no ha sido nada», el niño no llora ni se queja de ningún mal.»

Tal es la teoría del doctor Quimby.

by, reirrendada por miss Eddy. De ella nació esa llamante secta de los *Christian Scientists*, que marcha próspera y floreciente, y que tiene ya centenares de iglesias y una magnífica catedral nada menos que en Nueva York.



El régimen terapéutico de los sabios cristianos consiste en rezar a determinada hora todos los días un versículo de la Biblia—nada más que un versículo—y en no llamar en su vida al médico para que le recete medicamentos, pues con que el doctor rece el mismo versículo a la misma hora que su cliente, éste se curará de su dolencia en plazo brevísimo. De modo que si los discípulos del doctor Quimby mueren, no será a causa del boticario, sino por culpa de la Biblia en pequeñas dosis.

¿Qué pasaría aquí si para curarnos de enfermedades leyésemos un dístico de Carulla?...

## CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.

El pastel de boda.



Tras lo de las dos banderas castellana y catalana, los pendones solidarios izan la bandera blanca.

«Autos»... de fe.



Peñalver publicó un bando que no sirve para nada, sino para que las gentes tengan que salir armadas.

10.000 folios.



Sumario por el proceso del timo al Banco de España. Las «piezas» más importantes son un mico y una plancha.

El suicida de Bilbao.



«Señor Juez: Estoy cansado de vivir, y en la postrera hora de mi vida pienso: ¡Maldita sea la cierva!»

¡Oh, la electricidad!



—¿Quién es usted?—Soy el Gran Capitán.—Y esto ¿qué es?—La cuenta del contador.—Pues, amigo, ¡contar es!»

## Cosas de aquende y de allende... Salazar.— hechas como las entiende nuestro redactor Tovar.



Dicen que el Kaiser no tiene más que un simple constipado. Simple será el que lo crea, viéndole cómo ha viajado.



El peso de la corona á Nicolásito abruma; mas no se descorazona, y va á comerse otra Duma.



«Tengo de subir, subir al puerto del Guadarrama», para hacer una acuarela y enviársela a mi dama.



Anuncio de cuarta plana: «Enseñanza a la alta escuela. Pensionado de San Pedro (antes del maestro Ciruela).»



De un lado sube el Reghi, del otro baja el sultán. «Si en el camino se encuentran, ¡qué de cosas se dirán!»



# COSAS DEL OTRO JUEVES

La estafa al Banco de España tiene ya, tanto por la cantidad de la suma como por la calidad del procedimiento, cierto carácter europeo, y representa un gran paso dado en el progreso de la delincuencia.

Mejor hubiera sido esté adelantó en cualquier ramo de la industria ó de la agricultura tan falta de brazos como de cabezas; pero, ¡qué di-

frel, algo es algo; lo principal es que se haya verificado esta especie de alumbramiento del raudal de cultura ultrapirenaica, que, detrás de toda

la broza de detritus y sedimentaciones, vendrá la linfa clara, potable y fecunda.

Para llegar al *bon vino* hay que espumarle de hediondas fermentaciones.

¡El que no se consuela es porque no quiere!

Alegrémonos de que llegan ya á nosotros los detritus y las fermentaciones de la cultura europea, porque detrás vendrá la cultura.

Bien venido sea el progreso, aunque, como todo torrente, nos mande por delante todo el légamo y la inmundicia que arrastra en su carrera.

Así se nos ha entrado por las esclusas tanto tiempo cerradas del Pirineo, primero toda la frailería francesa, luego todas las *danseuses* de los bajos fondos parisienses, y ya parece que empiezan á llegar los primeros *scroqueurs* del gran mundo de falsificación y de la estafa.



El *Heraldo*, en su gran deseo de colu ntrar el progreso por alguna parte, anunció que ya había *apaches* en Madrid con el mismo júbilo que los guías de las caravanas «nuncian por la presencia de ciertas floraciones la proximidad del agua».

Bien venidos sean también los *apaches*.

Recordad que los hediondos tábanos son heraldos de las lluvias germinadoras.

Descubrir una escuela de *apaches* en los suburbios madrileños donde Carracua tenía su academia de *des-cuidados* con e ercicios prácticos sobre un maniquí con cascabeles, sería una sorpresa agradable.

Al fin y al cabo para hacer buenos *apaches* hay que hacer antes hombres fuertes y decididos, y eso se iría ganando en el mejoramiento de nuestra cacoquímica raza de golfos callejeros.

Empezaría nuestra regeneración física por las más bajas capas sociales.

Podría el rata *Piri* aspirar el día de mañana á ser el detentador del Cinturón de oro en los juegos atléticos de París, en vez de ser el detentador de una miserable tisis congénita.

¡Ahí es nada, poder presentar un proletariado hercúleo!

Este es el *desideratum* de las naciones fuertes.

No sería menos agradable la sorpresa de una escuela clandestina de falsificadores; por lo menos, los educandos serían hábiles calígrafos, mientras que en las escuelas públicas apenas si aprenden á coger la pluma.

El Progreso es como el cerdo, y perdónese la comparación; hasta los desperdicios son aprovechables.

La estafa hecha al Banco determina un gran adelanto, la *europetización*, por decirlo así, de la nacional ratería, que todavía se andaba por los primitivos tiempos de Caco, en el siglo de los Humbert y de los Gaillay y de los *trusts* americanos.

Desterremos las minúsculas raterías, los insignificantes atracos, los ridículos robos de bolas de escaleras y mecheros de gas, el infantil timo del portugués y el de la guitarra.

Hay que excitar, en nombre de la cultura, á los ladrones á que lo sean á la moderna.

A que se abastezcan de los últimos modelos del robo y de la estafa en el extranjero, como ya lo hacen los rateros intelectuales en el periodismo, en la novela y en el teatro.

Algo es algo. El caso es progresar sea en lo que sea.

EL SAÑTRE DEL CAMPILLO.  
(Dibujos de SANCHÁ.)



## De lo que inventa un "Churrero", — con perjuicio de "tercero"

(Fábula en prosa, por TOVAR.)



El *Churrero* da la noticia á los vecinos de la zona de participaciones en el núm. 11.632.



Y como sonado por él, y que adquieren muchos que sueñan con el gordo.



Y, si no fueran del todo el sueño, se van agraciados con el de las 60.000 del ala.

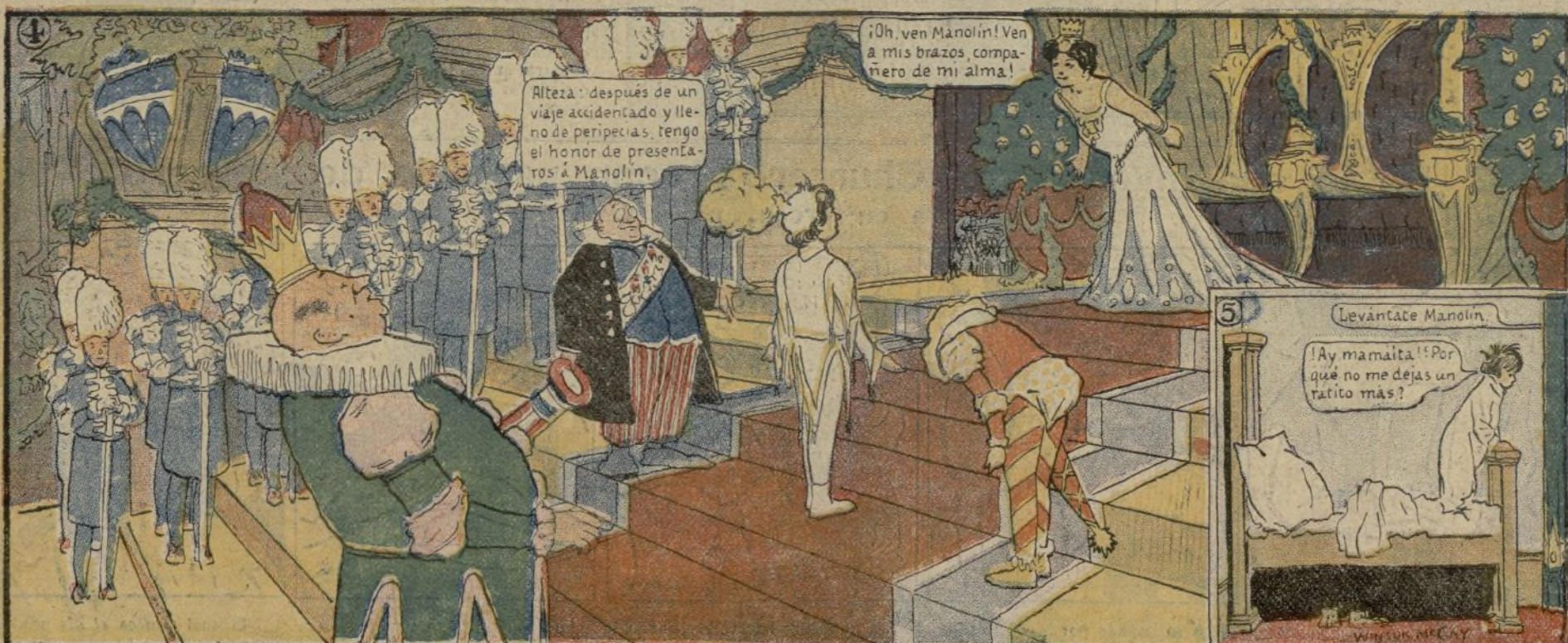


Locos de contento, van en busca del ruidoso poseedor del billete del tercer premio.



El cual alinea el ala prudentemente, porque su sueño va á convertirse en pesadilla...





Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».